Noam Chomsky

Proceso contra Skinner





«En sus especulaciones sobre la conducta humana —que deben ser claramente diferenciadas de sus investigaciones experimentales sobre la conducta condicionada— B. F. Skinner ofrece una versión muy particular sobre la teoría de la ductilidad humana.

La aceptación pública de su trabajo es asunto de verdadero interés. Skinner ha sido condenado como defensor de un pensamiento totalitario y ensalzado por su defensa de un medio social fuertemente controlado. Es acusado de inmoralidad y a la vez valorado como representante de la ciencia y de la racionalidad en los asuntos humanos. Aparece como enemigo fundamental de los valores humanos porque exige el control en lugar de defender la libertad y la dignidad. En este sentido parece algo escandaloso; en el momento en que Skinner invoca la autoridad de la ciencia, algunos críticos condenan la ciencia misma o «el punto de vista científico del hombre» por mantener tales conclusiones, mientras otros nos aseguran que la ciencia prevalecerá sobre el misticismo y las creencias irracionales.

Un análisis más profundo muestra que la apariencia es engañosa. Skinner no nos dice nada sobre la libertad y la dignidad aunque emplea las palabras «libertad» y «dignidad» en algunas ocasiones y en un sentido muy particular. Sus especulaciones están vacías de contenido científico y ni siquiera perfila los contornos generales de una posible ciencia de la conducta humana. Además, Skinner impone ciertas limitaciones arbitrarias a la investigación científica a la que virtualmente garantiza un continuo fracaso».

Noam Chomsky

Proceso contra Skinner

ePub r1.0
oronet 24.12.2020

Título original: *The case against B. F. Skinner*
Noam Chomsky, diciembre 30 de 1971
Traducción: Nuria Pérez de Lara

Editor digital: oronet
ePub base r2.1

I[*]

Cien años atrás, la voz del liberalismo británico describía el hombre chino como «una raza inferior de los dóciles orientales[1]». Por aquellos tiempos la antropología alcanzó el grado de disciplina profesional «íntimamente ligada al esplendor de la etnología»[2]. Enterado de las conclusiones de la antropología etnológica[*] del siglo XIX, alguien con sentido común se plantearía dos tipos de cuestiones: ¿Cuál es el grado de cientificidad de tales afirmaciones? ¿A que necesidades sociales o ideológicas responden? Estas cuestiones son, lógicamente, independientes pero, la segunda, naturalmente, nos lleva a preguntarnos por los fundamentos de toda pretensión científica. La cuestión del status científico de la antropología etnológica del siglo XIX no tiene, a fin de cuentas, mayor importancia y su función social no es difícil de percibir. Si el chino es dócil por naturaleza ¿qué tenemos que objetar ante el control ejercido por una raza superior?

Consideremos ahora una versión muy generalizada de la pseudociencia del siglo XIX: no solamente los infieles chinos son dóciles por naturaleza sino que también lo son muchas otras personas. La ciencia ha revelado que es una ilusión hablar de «libertad» y de «dignidad». Lo que la persona hace viene absolutamente determinado por su constitución genética y por la historia de sus «refuerzos». En consecuencia, debemos hacer uso de la mejor tecnología conductista para conformar y controlar el comportamiento en pro del bien común.

De nuevo podemos preguntarnos por el significado exacto y el status científico de esta afirmación y a qué funciones sociales obedece. Si bien su status científico es insignificante, sin embargo, es particularmente interesante considerar el clima de opinión a través del cual dicha afirmación ha llegado a ser importante.

En sus especulaciones sobre la conducta humana —que deben ser claramente diferenciadas de sus investigaciones experimentales sobre la

conducta condicionada— B. F. Skinner ofrece una versión muy particular sobre la teoría de la ductilidad humana.

La aceptación pública de su trabajo es asunto de verdadero interés. Skinner ha sido condenado como defensor de un pensamiento totalitario y ensalzado por su defensa de un medio social fuertemente controlado. Es acusado de inmoralidad y a la vez valorado como representante de la ciencia y de la racionalidad en los asuntos humanos. Aparece como enemigo fundamental de los valores humanos porque exige el control en lugar de defender la libertad y la dignidad. En este sentido parece algo escandaloso; en el momento en que Skinner invoca la autoridad de la ciencia, algunos críticos condenan la ciencia misma o «el punto de vista científico del hombre» por mantener tales conclusiones, mientras otros nos aseguran que la ciencia prevalecerá sobre el misticismo y las creencias irracionales.

Un análisis más profundo muestra que la apariencia es engañosa. Skinner no nos dice nada sobre la libertad y la dignidad aunque emplea las palabras «libertad» y «dignidad» en algunas ocasiones y en un sentido muy particular. Sus especulaciones están vacías de contenido científico y ni siquiera perfila los contornos generales de una posible ciencia de la conducta humana. Además, Skinner impone ciertas limitaciones arbitrarias a la investigación científica a la que virtualmente garantiza un continuo fracaso.

Respecto de sus implicaciones sociales, la ciencia de la conducta humana de Skinner, al ser completamente vacía, conviene igual a los libertarios que a los fascistas. Si alguna de sus observaciones sugiere una u otra interpretación, debemos señalar que no es más consecuencia de su «ciencia» de lo que lo sería su contraria. Pienso que sería mucho más sensato considerar el *Más allá de la libertad y de la dignidad* de Skinner como una especie de test de Rorschach. El hecho de que se refiera a los futuros tiempos de 1984 es, quizá, una sugestiva indicación de ciertas tendencias de la moderna sociedad industrial. Sin duda alguna la teoría de la ductilidad humana podrá ponerse al servicio de la doctrina totalitaria. Si realmente la libertad y la dignidad son meras reliquias de trasnochadas creencias místicas, entonces ¿qué inconveniente puede haber ante el establecimiento de estrechos y efectivos controles que aseguren «la supervivencia de la cultura»?

Ante el prestigio de la ciencia y de las tendencias de centralización de un control autoritario, que pueden fácilmente detectarse en la moderna sociedad industrial, es importante investigar seriamente las demandas que satisfacen la ciencia de la conducta y la tecnología consecuente y que proporcionan las

razones y el sentido al control de la conducta. De hecho, ¿qué cosas han quedado demostradas o sugeridas de manera plausible a este respecto?

Skinner nos asegura repetidamente que su ciencia de la conducta está haciendo grandes avances y que existe una efectiva tecnología del control. «Es un hecho, propone él, que todo control es ejercido por el ambiente» (pág. 108[*]), en consecuencia, «cuando nos parece que dejamos el control a la persona misma, estamos simplemente cambiando un modo de control por otro» (pág. 126). La única tarea seria consiste entonces en idear controles menos «aversivos» y más efectivos, en definitiva, un problema de ingeniería. «Las líneas maestras de una tecnología ya están claras» (pág. 188). «Disponemos de las tecnologías física, biológica y conductual necesarias “para salvarnos a nosotros mismos”, el problema consiste en conseguir que las personas las usen» (pág. 198). Es un hecho, plantea Skinner, «que la conducta queda afectada y cristalizada precisamente por sus propias consecuencias» y que, al investigar el contingente de consecuencias que actúan sobre una conducta «las variantes ambientales sustituyen cada vez más, en su función explicatoria, a aquellas realidades que antiguamente servían para este menester: personalidades, estados mentales, sentimientos, peculiaridades de carácter, propósitos e intenciones» (pág. 29).

> «Conforme la ciencia de la conducta va adoptando la estrategia de la física y de la biología, el agente autónomo a quien tradicionalmente se había atribuido la conducta, es reemplazado por el ambiente —un ambiente en el cual la especie se desarrolló y en el que la conducta del individuo es modelada y mantenida» (página 229).

El «análisis conductista» reemplaza «el recurso tradicional a estados mentales, sentimientos y otros aspectos del hombre autónomo» y «está efectivamente más avanzado de lo que sus críticos creen» (págs. 200-201). La conducta humana es una función de «las condiciones ambientales o genéticas» y la gente no debe protestar «cuando un análisis científico atribuye su conducta a las condiciones exteriores» (página 100) o cuando una tecnología conductista mejora los sistemas de control.

Según Skinner, no solamente todo esto ha sido demostrado sino que además, a medida que progrese la ciencia de la conducta, estos hechos quedarán *inevitablemente* establecidos. «En la naturaleza misma del proceso científico está el hecho de que las funciones del hombre autónomo van siendo sustituidas, una tras otra, conforme se va conociendo cada vez más el papel del medio ambiente» (pág. 78). Este es el «punto de vista científico» y es

«consustancial a la investigación científica el que la evidencia debería inclinarse en favor de este punto de vista» (pág. 131). «Pertenece a la propia naturaleza del análisis experimental de la conducta humana el hecho de sustituir al hombre autónomo en las funciones previamente adjudicadas a él y transferirlas una por una al control ambiental» (pág. 245). Más aún, algún día la fisiología «explicará por qué la conducta queda, desde luego, relacionada con los sucesos anteriores, de los que se puede llegar a demostrar que esa conducta no es sino una función de ellos» (página 242).

Estas afirmaciones son de dos categorías. Las primeras son afirmaciones de lo que se ha descubierto; las segundas son aseveraciones sobre lo que la ciencia debe descubrir en su proceso inexorable. Es probable que la esperanza, el temor o la resignación provocados por las proclamas de Skinner resulten, parcialmente de sus afirmaciones de que el progreso científico demostrará inevitablemente ambas cosas: que el control es ejercido por el medio y que la habilidad del «hombre autónomo» para elegir es una ilusión.

Los asertos del primer tipo deben ser valorados según la evidencia que en sí mismos presenten. En este momento la tarea es bien sencilla, ya que ninguna evidencia nos ha sido presentada; quedará claro cuando tengamos ejemplos más específicos. De hecho, la cuestión de la evidencia está fuera de lugar ya que, sometida a un análisis, la afirmación se disuelve en la trivialidad o en la incoherencia. En lo que se refiere a la necesariedad de los descubrimientos futuros la cosa es más ambigua. Skinner está diciendo que, inexorablemente, la ciencia va a demostrar que la conducta está completamente determinada por el medio. Si esto es así, su afirmación puede ser desvirtuada como un puro dogmatismo ajeno a la «naturaleza de la investigación científica». Es perfectamente imaginable que a medida que el conocimiento científico progrese nos revele que una omnisciencia laplaciana —incluso con profusión de detalles sobre el medio genético y la historia personal— puede predecir muy poco acerca de lo que hará un organismo. Incluso es posible que la ciencia pueda algún día suministrar razones importantes apoyando esta conclusión (evidentemente, en el caso de que sea cierta).

Pero quizá Skinner está únicamente sugiriendo que el término «conocimiento científico» queda restringido a la predicción de la conducta por las condiciones ambientales. De ser así, entonces la ciencia puede revelar —conforme progrese— que «el conocimiento científico de la conducta humana», en este sentido, está limitado en su misma esencia. En este momento en realidad no tenemos evidencia científica alguna ni fundamentos

para una hipótesis científica interesante que nos muestre cómo se determina la conducta humana. En consecuencia, lo único que podemos expresar sobre lo que una futura ciencia pudiera demostrar son esperanzas y conjeturas. Sea como fuere, las afirmaciones que Skinner adelanta en este sentido son o bien dogmáticas o bien sin interés alguno, dependiendo de la interpretación que queramos darles.

El elemento dogmático del pensamiento de Skinner se pone claramente de manifiesto cuando declara que «la tarea de un análisis científico es explicar el modo en que la conducta de una persona —como sistema físico— depende de las condiciones bajo las cuales evoluciona la especie humana y de las condiciones bajo las cuales el individuo vive» (pág. 23). Evidentemente, la tarea de un análisis científico es descubrir los hechos y explicarlos. Supongamos que, de hecho, el cerebro humano opere bajo principios físicos (quizá hoy en día desconocidos) que le dispongan para una libre elección apropiada a la situación pero afectada sólo marginalmente por las contingencias del medio. La tarea del análisis científico no es —como piensa Skinner— demostrar que las condiciones, a las que él limita su atención, determinan completamente la conducta humana, sino descubrir si realmente lo hacen (o si son de algún modo significativas) lo cual es algo muy distinto. Si no lo hacen, cosa que parece bastante plausible, la «tarea de un análisis científico» sería la clarificación de los resultados y el descubrimiento de una teoría explicativa inteligible que concordara con los hechos actuales. Los no-científicos desearían, sin duda, seguir a Skinner en la insistencia de la necesidad *a priori* de que la investigación científica llegue a una conclusión particular, especificada de antemano.

Apoyando sus creencias, esta ciencia ha de demostrar que la conducta es una función de los acontecimientos anteriores; Skinner pone de relieve que la física avanza sólo cuando «deja de personificar las cosas» y de atribuirles «deseos, impulsos, sensibilidad, propósitos y otras muchas cosas» (págs. 15-16). Por lo tanto, concluye, la ciencia de la conducta sólo progresará cuando deje de personificar a la gente y evite la referencia a los «estados interiores». Es evidente que la física avanza al rechazar el punto de vista de que el deseo de una piedra de caer es un factor de su «conducta», porque en realidad la piedra no tiene tal deseo. Para que el argumento de Skinner tenga alguna fuerza debe demostrar que la gente tiene deseos, impulsos, sentimientos, proyectos y gustos no mayores que los de las piedras. Si las personas se diferencian de las piedras en este aspecto, la ciencia de la conducta humana debe tener en cuenta este hecho.

Del mismo modo Skinner está en lo cierto cuando afirma que «la física moderna o la mayor parte de la biología» no tratan materias tales como una «crisis de fe» o una «pérdida de confianza» (pág. 18). Evidentemente, de esta afirmación tan correcta no se desprende nada con respecto a la conducta humana. La física y la biología, observa Skinner, «no avanzaron por haber concentrado su atención en el júbilo de un cuerpo descendente o… a base de tratar de descifrar la naturaleza de espíritus vitales. Por nuestra parte, podemos decir, en consecuencia, que para llegar a un análisis científico de la conducta no necesitamos intentar descubrir qué son y qué no son personalidades, estados mentales, sentimientos, peculiaridades del carácter, planes, propósitos, intenciones, o cualquier otro prerrequisito de un problemático hombre autónomo» y debemos olvidar «la intervención de supuestos estados mentales intermedios» (página 24). Esto es cierto, pero solamente si no existen estados de interferencia que puedan definirse por una teoría abstracta de la mente y si la personalidad (y las demás cosas) no son más reales que el júbilo de un cuerpo al caer. Pero si estas conclusiones son falsas, entonces será necesario descubrir qué son en realidad «los prerrequisito del hombre autónomo» y determinar los «estados mentales intermedios» —esto es así al menos si deseamos desarrollar una ciencia de la conducta humana con algún contenido intelectual y algún poder explicativo. Skinner puede argumentar, más racionalmente, que su ciencia no se detiene en estos «prerrequisitos» y estados mentales sino que relaciona en otro sentido los fenómenos discutidos en estos términos. Veamos directamente cuál es la esencia de tal afirmación.

Puede argumentarse perfectamente que la ciencia ha adelantado solamente cuando repudia hipótesis respecto de los «estados mentales». Al rechazar el estudio de los pretendidos «estados mentales», Skinner revela su hostilidad no sólo hacia la «naturaleza de la investigación científica» sino también hacia la práctica común de la ingeniería. Por ejemplo, Skinner cree que la «teoría de la información» cayó en un error cuando «exigía un ordenador interior que convirtiera el *input* en *output*». Es esta una extraña manera de describir la cuestión; la «teoría de la información» no cae en tal error. Al contrario, la consideración de los «ordenadores interiores» en la teoría matemática de la comunicación o en sus aplicaciones a la psicología siguió a una práctica normal de la ciencia y de la ingeniería. Supongamos que a un investigador se le presenta un mecanismo— cuyo funcionamiento no comprende y supongamos también que a través de la experimentación llega a obtener información sobre las relaciones del *input* — *output* de dicho mecanismo. Si

es racional, no dudará en construir una teoría de los estados interiores del mecanismo y tratará de probarlo contra ulteriores evidencias. Podría también continuar, intentando determinar los mecanismos que funcionan del modo descrito por su teoría de los estados interiores y los principios físicos en el trabajo dejando abierta la posibilidad de que se relacionen nuevos y desconocidos principios físicos, aspecto particularmente importante en el estudio de la conducta de los organismos. Su teoría de los estados interiores podría muy bien ser la única guía de utilidad para posteriores investigaciones. Como objeción a priori a este lugar común de la estrategia de la investigación, Skinner únicamente plantea la de ser una extraña desviación de la «ciencia de la conducta» por solución de continuidad.

El antagonismo de Skinner respecto de la ciencia se revela también por su tratamiento de los hechos mismos. Los psicólogos que tratan de los hechos han argumentado que las adquisiciones del lenguaje de los niños y otros conceptos son, en parte, función del desarrollo cronológico; que a través de procesos de maduración, el lenguaje infantil crece como un «embrión» y que el aislamiento interfiere ciertos procesos de crecimiento. Skinner rechaza estas hipótesis (págs. 175-177) y asegura que tanto los factores verbales como otras contingencias ambientales explican cualquier fenómeno observable. Pero tampoco aquí, como no lo hace en ninguna otra parte, nos proporciona evidencia alguna ni argumento racional respecto de lo que dice; no muestra tampoco ningún otro fallo que sea perfectamente inteligible, al menos un posible error, para refutar las teorías que tan superficialmente rechaza. (Propone, sin embargo, objeciones irrelevantes que por alguna razón le parecen aplicables —ver las páginas antes citadas.) Su dogmatismo en este punto es particularmente curioso hasta el extremo de que, seguramente, él no quisiera negar que los procesos madurativos genéticamente determinados están relacionados con otros aspectos del desarrollo. Pero, a este respecto, insiste en que la explicación debe estar en algún otro lugar. A pesar de ello, su conclusión podría ser correcta por puro accidente, aunque se haga difícil imaginar una actitud más radicalmente opuesta a «la naturaleza de la investigación científica».

No podemos especificar *a priori* qué postulados o qué hipótesis son las legítimas. Los apriorismos de Skinner a este respecto no son más legítimos que la conclusión de que la física clásica no es ciencia porque hace referencia a la «oculta fuerza de la gravedad». Si un concepto o un principio encuentra su lugar en una teoría explicativa, no puede excluirse —como la discusión de Skinner sugiere— de sus fundamentos metodológicos. En general, la

concepción científica de Skinner es bastante extraña. Sus suposiciones metodológicas apriorísticas ignoran incluso las más triviales teorías científicas y no sólo esto, sino que además se pronuncia con extrañas conclusiones tales como «las leyes de la ciencia son descripciones de contingencias de reforzamiento» (pág. 235) que de buen grado dejo que otros descifren.

Es importante tener presente que las limitaciones de Skinner no definen la práctica de la ciencia conductista. De hecho, aquellos que se llaman a sí mismos «científicos conductistas» o simplemente «conductistas» discrepan absolutamente respecto de las elaboraciones teóricas que están dispuestos a admitir. W. V. O. Quine, que en otras ocasiones ha intentado trabajar dentro de los esquemas skinnerianos, llega a definir el «conductismo» simplemente como la insistencia en que las suposiciones y las conclusiones deben ser verificadas en términos de observación[3]. En este sentido, tal como él lo define, ninguna persona razonable puede ser «conductista». La propuesta de Quine significa la negación del conductismo, lo cual no *es de* lamentar. Cualquiera que fuese su función en el pasado, el conductismo se ha convertido nada menos que en un juego de restricciones arbitrarias para «legitimar» la construcción de la teoría y no hay ninguna razón para que quien quiera investigar sobre el hombre y la sociedad tenga que aceptar este tipo de trabas intelectuales que las ciencias físicas de ningún modo habrían tolerado y que condena a la insignificancia cualquier ambición intelectual.

Detengámonos a considerar más atentamente lo que Skinner quiere significar cuando asegura que toda conducta está externamente controlada y que es función de las condiciones genéticas y ambientales. ¿Quiere decir que un conocimiento completo de tales condiciones permitiría, en principio, predicciones específicas sobre lo que una persona hará? Seguramente no. Skinner quiere decir que las condiciones genéticas y ambientales determinan una «probabilidad de respuesta». Pero es tan vago respecto de esa noción que se hace difícil saber si sus afirmaciones sobre el determinismo van algo más allá. Nadie dudará de que el número de probabilidades de que yo vaya a la playa depende de la temperatura, ni de que el número de probabilidades de que yo pronuncie una frase en inglés mejor que en chino esté «determinado» por mi experiencia pasada, ni tampoco de que el número de probabilidades de que produzca una frase en el lenguaje humano mejor que en algún otro imaginable sistema, aunque humanamente inaccesible, está «determinado» por mi constitución genética. Casi no necesitamos que la ciencia conductista nos lo diga. En cambio, cuando pensamos en predicciones más específicas, no

encontramos prácticamente nada. Descubrimos así que las limitaciones apriorísticas de Skinner para la investigación «científica» le impiden incluso formular conceptos importantes. Dejémosle, pues, investigar solo.

Consideremos, por ejemplo, la noción «número de probabilidades de que pronuncie una frase en inglés mejor que en chino». Al dar una característica del «inglés» o del «chino» por una teoría abstracta de los supuestos estados interiores (estados mentales si se prefiere) se puede dar alguna significación a esta noción aunque las probabilidades de predicción de la conducta —que desde cualquier caracterización conocida de factores determinantes son inadvertibles— no tendrán interés alguno.

Pero para Skinner, incluso este hecho marginal es imposible. Para Skinner lo que nosotros llamamos «conocer el francés» es «haber adquirido un repertorio» (pág. 244). Por tanto, las probabilidades de hablar francés o cualquier otra lengua se determinan por referencia a tales «repertorios».

Pero, ¿qué significa decir que alguna frase del inglés que yo nunca he oído o pronunciado pertenece a mi «repertorio» y no así ninguna frase del chino (puesto que el primero tiene la máxima «probabilidad»)? En este punto de la discusión, los skinnerianos se remiten a los conceptos de «semejanza» y «generalidad» pero siempre sin caracterizar con precisión cómo una nueva frase es «similar» a otros ejemplos familiares o cómo se generaliza a partir de ellos. La razón de este vacío es bien simple. Desde que conocemos *las cualidades propias solamente podemos expresarlas por medio de teorías abstractas (por ejemplo, una gramática) describiendo supuestos estados interiores del organismo, y tales teorías son excluidas a priori de la «ciencia» de Skinner*. La consecuencia inmediata es que los skinnerianos deben caer en el misticismo («semejanzas» inexplicables y «generalizaciones» de tal índole que no se pueden especificar) en el instante en que la discusión se concreta al mundo de los hechos. Mientras que la situación es quizá más clara en el caso del lenguaje, no hay razón alguna para suponer que los demás aspectos de la conducta humana vayan a caer en las garras de la «ciencia» limitada por las restricciones apriorísticas de Skinner.

La respuesta de Skinner ante críticas de este tipo es clarificadora. Él cree que la gente le ataca y argumenta en contra de su «retrato científico del hombre» porque su «formulación científica ha destruido reforzadores a los que ellos estaban habituados» y provoca el que una «conducta, previamente reforzada por el crédito o la admiración que despertaba, quede condenada a la extinción» cuando «no existe razón alguna por la que una persona sea admirada o elogiada por aquello que hace». Y la extinción, afirma, «a menudo

desemboca en un ataque agresivo» (pág. 260). Por otra parte, acusa a sus críticos de «inestabilidad emocional», citando comentarios de Arthur Koestler y Peter Gay respecto a que el conductismo es una «trivialidad monumental» marcada por una «ingenuidad nata» y una «bancarrota intelectual» (págs. 206-207). Skinner no consigue rechazar estas críticas presentando algún resultado importante que no sea una monumental trivialidad. Es incapaz de comprender que la objeción a su «retrato científico del hombre» no se deriva de la anulación de ciertas conductas o de una oposición a la ciencia sino de la capacidad de distinguir la trivialidad y los errores obvios.

Skinner no comprende la crítica esencial: cuando sus formulaciones de la ciencia se interpretan literalmente son claramente falsas, cuando son interpretadas en su típica vaguedad y en sentido metafórico no son más que un pobre sustituto para uso ordinario. Tales críticas no pueden superarse *por la magia verbal, es decir, por la mera repetición* de que su punto de vista es científico y de que quienes no lo ven así son contrarios a la ciencia o locos. Del mismo modo, Skinner asegura que la caracterización que Koestler hace del conductismo está setenta años desfasada, pero no nos indica cuáles son los grandes descubrimientos de los últimos setenta años que Koestler ha ignorado. De hecho, los descubrimientos de la ciencia conductista que no son triviales, desde que nosotros la conocemos, no tienen nada que ver con los problemas que Skinner plantea.

Por esta razón Skinner asegura a sus lectores que no tienen necesidad alguna de «conocer los detalles de un análisis científico de la conducta» (pág. 33) y no nos presenta ninguno. No es la profundidad o complejidad de su teoría lo que impide a Skinner perfilarla para los lectores profanos. Jacques Monod, por ejemplo, en su reciente trabajo sobre biología y aspectos humanos**[4]**, proporciona una relación bastante detallada de los descubrimientos de la biología moderna que son importantes para sus especulaciones (también claramente identificadas). Debo añadir —para hacerme entender— que no estoy criticando a Skinner por la ausencia de descubrimientos importantes en las ciencias de la conducta en comparación con la biología, sino más bien por sus irresponsables conclusiones respecto a la «ciencia de la conducta» sobre la cual Skinner no se molesta en hablarle al lector, pero que ha producido toda clase de resultados importantes respecto al control de la conducta.

Si un científico físico nos asegurara que no necesitamos preocuparnos por las fuentes de energía mundiales porque él ha demostrado en su laboratorio que los molinos de viento bastarán para cubrir todas las necesidades humanas,

se le exigiría que mostrara alguna evidencia, o los demás científicos expondrían lo pernicioso de este sinsentido. La situación es distinta en las ciencias conductistas. A una persona que afirma que posee una tecnología conductista que resolverá los problemas del mundo y una ciencia de la conducta que la sustenta y revela los factores determinantes de la conducta humana, no se le exige que demuestre nada. *En vano esperamos de los psicólogos que aclaren al público en general cuáles son los actuales límites de su conocimiento*. Cara al prestigio de la ciencia y de la tecnología es esta una situación lamentable.

II

Volvamos ahora sobre la evidencia que Skinner estipula para sus extraordinarias afirmaciones. Por ejemplo: que «un análisis de la conducta» pone de manifiesto que las obras de artistas, escritores, estadistas, y científicos pueden explicarse casi absolutamente a partir de las contingencias ambientales (pág. 61); que es el medio lo que hace a una persona «sabia o compasiva» (pág. 213); que «todas estas cuestiones sobre propósitos, sentimientos, conocimiento, etcétera, pueden formularse en términos de las condiciones ambientales a que una persona ha sido expuesta» y que «aquello que una persona “piensa hacer” depende de aquello que ha hecho en el pasado y de lo que en consecuencia ha sucedido» (pág. 96); y así, sucesivamente.

Según Skinner, aparte de los componentes genéticos, la conducta está enteramente determinada por los «refuerzos». Para un organismo hambriento, la comida es un refuerzo positivo. Esto significa que «cualquier cosa que haga el organismo que sea seguida por la recepción de alimento, muy probablemente se repetirá cuando quiera que el organismo tenga hambre» (página 40). Pero la comida es un refuerzo «precisamente sólo en estados de privación» (pág. 53). Un refuerzo negativo es un estímulo que aumenta la probabilidad de una conducta que reduce la intensidad de tal estímulo; es «aversivo», en términos vulgares, una amenaza (pág. 40). Un estímulo puede convertirse en un refuerzo condicionado por asociación con otros refuerzos. Así, el dinero «es reforzante sólo a partir del momento en que ha sido intercambiado por cosas reforzantes» (pág. 48). Esto mismo es generalmente cierto para la aprobación y el afecto. (El lector puede intentar algo que Skinner siempre evita, señalar los estímulos que constituyen la aprobación).

La conducta es modelada y mantenida por la combinación de tales refuerzos. Así «cambiamos la fuerza relativa de las respuestas por medio del reforzamiento diferencial de distintas posibilidades de acción» (pág. 123). El repertorio de conductas de un individuo está determinado por «las contingencias de refuerzo a las que queda expuesto como individuo» (pág. 161). Un «organismo puede oscilar entre la actividad vigorosa y el ocio

total, todo dependerá de los programas de refuerzo a que haya sido sometido». Según Skinner (otros de sus seguidores no lo piensan) es necesario un meticuloso control para modelar una conducta con un alto grado de especialización. Así, «la cultura… enseña a la persona a realizar sutiles discriminaciones, haciendo más preciso el refuerzo diferencial» (pág. 241) hecho que ocasiona problemas cuando «la comunicación verbal no puede preparar las sutiles contingencias necesarias para enseñar distinciones matizadas entre estímulos que son inaccesibles a ella». «En consecuencia, el lenguaje de la emoción es impreciso» (pág. 137).

El problema en «la planificación de una cultura» es «mantener el medio social lo más libre posible de estímulos aversivos» (pág. 58) para «hacer de la vida algo menos punitivo y, al conseguirlo, liberar energías y tiempo para actividades más estimulantes y que ahora se consumen en un esfuerzo inútil por evitar el castigo» (pág. 107). Es un problema de ingeniería y podríamos resolverlo con sólo que fuéramos capaces de superar la irracionalidad de la libertad y de la dignidad. Lo que necesitamos es un empleo más efectivo de la tecnología disponible, un control mayor y más efectivo. De hecho «una tecnología de la conducta resulta ya accesible, la cual reduciría con más éxito las consecuencias aversivas de la conducta, próximas o diferidas, y daría toda su importancia a las conquistas que es capaz de lograr el organismo humano» (pág. 159). Pero «los defensores de la libertad se oponen a su uso», contribuyendo así al malestar social y al sufrimiento humano. Es esta irracionalidad lo que Skinner espera conseguir que superemos.

En este punto se introduce una cuestión tan enojosa como obvia. Si la tesis de Skinner es falsa, no tiene sentido que haya escrito el libro ni que lo hayamos leído. Si su tesis es verdadera, tampoco tiene sentido que se haya escrito el libro ni el que lo hayamos leído. El único sentido podría encontrarse en la posibilidad de modificar la conducta y ésta, según tal tesis, está completamente controlada por la combinación de los refuerzos. La lectura del libro puede modificar una conducta sólo si ésta es reforzadora, esto es, si la lectura del libro aumenta las probabilidades de la conducta que aconseja (supuesto un adecuado estado de privación). En este punto llegamos al absurdo.

Se puede encontrar un argumento en contra, incluso si la tesis es falsa: tiene sentido escribir un libro y leerlo, pues ciertas tesis falsas son clarificadoras y provocativas. Pero es difícil valernos de tal escapatoria. En este caso la tesis es elemental y de muy poco interés en sí misma. Su único valor radica en su posible verdad. Pero si la tesis es verdadera, haber leído o

escrito el libro es una completa pérdida de tiempo, dado que no refuerza ninguna conducta.

Skinner argumentaría seguramente que la lectura del libro, o quizá el libro mismo, son un «refuerzo» en algún otro sentido. Él espera persuadirnos con el libro y para él la persuasión —sin que ello nos sorprenda— es una forma de control de la conducta, aunque débil e inefectiva. Skinner espera persuadirnos de que permitamos más amplios fines a la tecnología conductista y parece creer que leyendo este libro aumentará la probabilidad de que actuemos en tal sentido, que le permitamos tales fines (¿libertad?) Entonces, la lectura del libro, diría él, refuerza esta conducta. Cambia nuestra conducta respecto a la ciencia conductista (página 35).

Consideremos el problema con perspectiva. Tal como está planteado, es imposible clarificar la noción de «conducta que permite más amplios fines a la tecnología conductista» y considerar la conclusión de que leyendo el libro se puede reforzar tal conducta. Desgraciadamente, la conclusión es falsa si usamos el término «refuerzo» en su significado estrictamente técnico. Recordemos que la lectura del libro refuerza la conducta deseada sólo si es una consecuencia de la conducta. Indudablemente, si abandonamos nuestro destino en manos de la tecnología conductista no hay conducta que nos induzca a (y por tanto que pueda ser reforzada por) leer el libro. En consecuencia, la afirmación puede ser verdadera sólo si privamos al término «refuerzo» de su significado técnico. Combinando estas observaciones vemos que sólo puede tener algún sentido la lectura del libro o el hecho de que Skinner lo haya escrito si la tesis del libro queda divorciada de la «ciencia de la conducta» sobre la cual se basa.

Consideremos ahora el aspecto de la «persuasión». Según Skinner, persuadimos («cambiamos la opinión») «manipulando las condiciones ambientales», principalmente «aludiendo a estímulos asociados a consecuencias positivas» y «haciendo una situación favorable para la acción describiendo, por ejemplo, consecuencias reforzadoras» (pág. 120). Incluso pasando por alto el hecho de que la persuasión, tal como está definida aquí, es una forma de control (variedad del «refuerzo») ineficaz en Ja ciencia de Skinner, su argumento no progresa.

Supongamos que Skinner afirmara que su libro podría persuadirnos señalando las consecuencias positivas de la tecnología conductista. Pero esto tampoco nos persuadiría. No le basta con señalar tales consecuencias (por ejemplo, pintar personas felices); además debe mostrar que éstas son evidentemente *consecuencias*[5] de la conducta recomendada. Para

persuadirnos debe establecer una conexión entre la conducta recomendada y la situación placentera que describe. El problema se plantea por el empleo del término «consecuencias». No es suficiente con la mera yuxtaposición de una descripción de la conducta deseada y una descripción de la situación «reforzante» (de nuevo, pasamos por alto que incluso estas nociones pueden expresarse en términos de Skinner). Si esto fuera suficiente para la «persuasión», podríamos persuadir a alguien de lo contrario simplemente uniendo la descripción de una situación displacentera a la descripción de la conducta que Skinner espera producir.

Si la persuasión dependiera sólo del aumento de los estímulos reforzantes, entonces cualquier argumento persuasivo continuaría teniendo fuerza aunque sus eslabones se cambiaran al azar o si alguno de sus pasos fuera reemplazado por descripciones arbitrarias de estímulos reforzantes. Esto es absurdo, claro está. Para que un argumento sea persuasivo, al menos para una persona racional, debe ser coherente; sus conclusiones deben ser consecuencia de sus premisas. Pero estas nociones están más allá de los horizontes de la ciencia de Skinner. Cuando afirma que «la derivación de nuevas razones de las viejas» simplemente «depende de un proceso verbal histórico mucho más antiguo» (página 124) está condescendiendo en un tipo de modulación mucho más patético. Consideremos la afirmación de Skinner de que «seleccionamos e intercambiamos conducta verbal, no opiniones», tal como lo revela, según él, el análisis de la conducta (pág. 123). Tomado literalmente, esto significa que si yo fuerzo a alguien —con cierto matiz de sadismo— a decir repetidamente que la tierra permanece inmóvil, consigo cambiar su opinión. No necesita comentarios.

Skinner dice que la persuasión es un método fino de control y asegura que «los defensores de la libertad y la dignidad justifican el cambio de mentalidad porque es una forma ineficaz para el cambio de conducta y así quien manipula ese cambio de mentalidad puede eludir la acusación de que controla a las personas» (página 125). Suponga que su doctor le da a usted un argumento muy persuasivo respecto a que si usted continúa fumando sufrirá una muerte terrible de cáncer de pulmón. ¿Será necesariamente menos efectivo ese argumento para modificar su conducta que cualquier combinación de refuerzos verdaderos? De hecho, el que la persuasión sea o no efectiva depende del contenido del argumento (para una persona racional), factor que Skinner no ha empezado aún a describir. El problema se agudiza si consideramos otras formas de «cambio de mentalidad». Supongamos que la descripción, en una audiencia americana, de un ataque con napalm a un

pueblo extranjero, induzca a alguien a llevar a cabo un acto de sabotaje. En este caso el «estímulo efectivo» no es un refuerzo, pero el modo de cambiar la conducta puede ser absolutamente efectivo y, más aún, el acto que se deriva (la conducta «reforzada») es completamente nuevo (no está en el «repertorio») y es posible que ni siquiera haya sido insinuado en el «estímulo» que provocó el cambio de conducta. En cada posibilidad de este tipo la explicación de Skinner es, simplemente, incoherente.

Desde sus *Lecturas de Willam James* de 1947[9], Skinner ha luchado con estos problemas y otros relacionados con ellos. El resultado ha sido nulo. Para Skinner sigue siendo imposible formular cuestiones de este tipo construidas precisamente en sus propios términos; dejémosle investigarlas solo. Es más, no ha elaborado ninguna hipótesis científica seria, con bases evidentes, para justificar las extravagantes opiniones a las que se adhiere. Por otra parte, su record de fracasos era predecible desde un principio, a partir del análisis de los problemas y del sentido que se les daba al tratarlos.

Debe señalarse que la «conducta verbal» es el único aspecto de la conducta humana que Skinner ha intentado investigar con todo detalle. Para su buen nombre, muy pronto reconoció que solamente a través de sucesivos análisis del lenguaje podía llegar a tratar la conducta humana. Comparando los resultados que se han obtenido en este período con las conclusiones que se han anticipado, obtenemos una buena panorámica del contenido y la naturaleza de la ciencia de la conducta de Skinner. Mi impresión es que, de hecho, las afirmaciones se van convirtiendo en más extremistas y más estridentes a medida que la incapacidad para sustentarlas y las razones de su fracaso van acrecentándose y haciéndose obvias.

Es innecesario trabajar más este punto. Evidentemente Skinner no encuentra la manera de tratar los factores implicados en la persuasión o en el cambio de mentalidad. El intento de invocar al «refuerzo» lleva a la incoherencia. El punto es crucial. La polémica de Skinner sobre la persuasión y el «cambio de mentalidad» es uno de los pocos momentos en los que intenta definirse claramente respecto a lo que él llama «literatura de la libertad y de la dignidad». El libertario, a quien él condena, distingue entre persuasión y ciertas formas de control. Aboga por la persuasión y critica la coerción. Como respuesta, Skinner defiende que la persuasión es en sí misma una (fina) forma de control y que usando métodos finos de control simplemente lo desplazamos hacia otras condiciones ambientales en vez de hacia la persona misma (págs. 126-129).

Skinner afirma que el defensor de la libertad y de la dignidad se está engañando a sí mismo en su creencia de que la persuasión deja una libertad de elección al «hombre autónomo» y además plantea un peligro a la sociedad porque obstaculiza el progreso de más efectivos controles. No obstante, vemos que el argumento de Skinner contra la «literatura de la libertad y de la dignidad» no tiene ninguna fuerza. La persuasión, en el sentido skinneriano, no es ninguna forma de control; de hecho no es aplicable a tal concepto. Pero hay pocas dudas respecto a la posibilidad de que la persuasión pueda «cambiar mentalidades» y afectar a la conducta, en ciertas ocasiones de manera absolutamente efectiva.

Si la persuasión no puede definirse coherentemente como resultado de una combinación de refuerzos, entonces la conducta no queda enteramente determinada por las contingencias específicas a las que Skinner limita arbitrariamente su atención y, en consecuencia, la tesis principal del libro es falsa. Skinner solamente puede eludir esta conclusión afirmando que la persuasión es un tipo de combinación de estímulos reforzadores, pero esta afirmación únicamente es sostenible si se priva al término «refuerzo» de su significado técnico y se usa como mero sustituto de la terminología específica y detallada del lenguaje normal. De cualquier modo, la «ciencia de la conducta» de Skinner es irrelevante: o bien la tesis del libro es falsa si empleamos la terminología en su sentido técnico) o es vacía (si no lo hacemos). Y el argumento contra el libertario fracasa completamente.

No solamente Skinner es incapaz de fundamentar su afirmación de que la persuasión es una forma de control, sino que tampoco ofrece evidencia alguna para apoyar su afirmación de que el uso de «métodos sutiles de control» simplemente desvía el modo de control a cierto oscuro factor ambiental en lugar de incidir sobre la mente del hombre autónomo. Evidentemente, de la tesis de que la conducta es controlada por el medio se deduce que el mayor uso de controles fuertes desvía el control a otros aspectos del medio. Pero la tesis está tan clara como falta de base empírica y, de hecho, puede estar incluso vacía, tal como hemos visto en la discusión sobre la «probabilidad de respuesta» y la persuasión. Skinner se queda sin crítica alguna coherente a la «literatura de la libertad y de la dignidad».

La vaciedad del sistema de Skinner se revela cuando trata aspectos más superficiales. Afirma (pág. 144) que la expresión «podrías o deberías leer *David Cooperfield*» puede traducirse como «serás reforzado si lees *David Cooperfield*». No vamos a intentar interpretar la sugerencia de Skinner dando al término «refuerzo» su sentido literal, caeríamos en la mayor confusión.

Probablemente lo que Skinner tiene en mente cuando dice que es «reforzante» leer *David Cooperfield* es que el lector se divertirá o que le gustará y así quedará, evidentemente, «reforzado».

Pero esto nos lleva a otro lugar. Estamos ahora usando el término «refuerzo» en un sentido completamente distinto al que se le da en un laboratorio de la teoría de la conducta. Llegaríamos al absurdo si intentáramos aplicar los resultados de la «tabulación» de refuerzos, por ejemplo, a esta situación. Más aún, no es extraño que podamos «explicar» la conducta usando el término no técnico de «refuerzo» precisamente con el mismo significado que «gusto» o «goce» o «aprender algo de» o cosas semejantes. Del mismo modo, cuando Skinner nos dice que una afición arraigada es «reforzante» (pág. 51) seguramente no está afirmando que la conducta que conduce a ceder a esta afición se acrecentará. Tal vez quiere decir que la afición satisface. Una interpretación literal de tales frases es absurda y una interpretación metafórica sustituye simplemente un término ordinario por un sinónimo técnico, sin que por ello aumente en precisión.

De hecho, la traducción skinneriana, que es fácilmente empleada por todo el mundo, lleva consigo una significativa pérdida de precisión por la simple razón de que la lista completa de términos para la descripción y la evaluación de la conducta, actitud, opinión, y palabras de este tipo, debe ser «traducida» al empobrecido sistema terminológico prestado del laboratorio (y en la traducción privado de su significado). Es muy sorprendente que las traducciones de Skinner sean inexactas incluso en sus sentidos metafóricos como en el caso de término tales como «refuerzos». Así, por ejemplo, Skinner afirma que «una persona quiere algo si actúa eficazmente para conseguirlo apenas se le presenta la ocasión» (pág. 52). En consecuencia, es imposible actuar para conseguir algo, dada la oportunidad, sin quererlo —es decir, actuar impensadamente o sin un sentido del deber. (Podemos, como de costumbre, reducir al absurdo la afirmación de Skinner diciendo que lo que la persona quiere es cumplir su deber). Se deduce claramente del contexto que Skinner emplea «si» con el sentido de «si y sólo si». Se deriva de su definición de «querer», que una persona no puede querer algo sin actuar para obtenerlo en cuanto se le presenta la ocasión, o sea por razones de conciencia (de nuevo, podemos eludir el absurdo atribuyendo tales razones a la «ocasión»).

Consideremos ahora su afirmación «la conducta que admiramos es la que todavía no podemos explicar» (pág. 78). En un sentido rígido de la palabra «explicar» deducimos que virtualmente admiramos cualquier conducta por el

hecho de que virtualmente no podemos explicarnos ninguna. En un sentido más amplio Skinner está diciendo que si Eichmann es incomprensible para nosotros y comprendemos, en cambio, por qué luchan los vietnamitas, entonces estamos dispuestos a admirar a Eichmann y no la resistencia vietnamita. Del mismo modo, Skinner afirma «excepto cuando queda limitada físicamente, la persona se siente menos libre o dignificada cuando se comporta bajo amenaza de castigo» (pág. 81). En consecuencia, alguien que rechace someterse a la autoridad ante una severa amenaza ha perdido su dignidad.

El contenido real del sistema de Skinner solamente puede apreciarse al examinar tales casos, punto por punto. El lector atento descubrirá que en cada caso, una interpretación literal de los asertos de Skinner, en donde la terminología se interprete en su sentido técnico, da lugar a una falsedad, y que una interpretación metafórica amplia permite la traducción del vocabulario familiar descriptivo y valorativo de un discurso ordinario a los términos skinnerianos, evidentemente con una pérdida de precisión y de claridad, dada la pobreza de su sistema.

Podemos tener una prueba de la fuerza explicativa de la teoría de Skinner con ejemplos tales (típicos) como éste: un pianista aprende a tocar una escala suavemente porque «las escalas suavemente ejecutadas son reforzantes» (pág. 252). «Una persona puede conocer el sentido de luchar por una causa solamente tras una larga historia, en el transcurso de la cual ha aprendido a percibir y a conocer aquella compleja situación denominada luchar por una causa» (pág. 236) y así sucesivamente.

Del mismo modo, podemos percibir el poder de la tecnología conductista de Skinner considerando las útiles observaciones y consejos que ofrece: «El peligro de conducta punible puede ser disminuido creando circunstancias en las cuales difícilmente dicha conducta pueda ocurrir» (pág. 86). Si una persona «es vigorosamente reforzada cuando ve a otras personas disfrutando, por ejemplo, se las ingeniará para construir un ambiente en el que los niños sean felices» (pág. 189). El exceso de población, la guerra nuclear, la polución y el agotamiento de los recursos naturales son un problema: «podemos, según esto, modificar ciertas prácticas para inducir a las personas a tener menos hijos, a gastar menos en armamento nuclear, acabar con la contaminación del ambiente y consumir estos recursos naturales a menor velocidad, respectivamente» (pág. 191).

El lector podrá buscar ideas más profundas que éstas. Puede buscar, pero no las encontrará.

En este libro, Skinner alude a la función de la constitución genética más frecuentemente de lo que lo hacía en sus primeras especulaciones sobre la conducta humana y la sociedad. Se puede pensar que ello supone una cierta modificación en sus conclusiones o unas nuevas conclusiones. Sin embargo no es así. La razón es que Skinner es tan vago y poco informativo en lo que respecta a la constitución genética como lo es respecto al control por las circunstancias de refuerzo. Desgraciadamente, cero más cero sigue siendo igual a cero.

III

Consideremos ahora el punto de la «planificación de la cultura». Los principios de la «ciencia» de Skinner no nos dicen nada acerca de la planificación de una cultura, pero ello no quiere decir que Skinner nos deje en la oscuridad respecto a lo que piensa. Él cree que «el control de la población en su conjunto es cuestión que hay que dejar en manos de especialistas —policía, sacerdotes, propietarios, maestros, terapeutas…— con sus reforzadores igualmente especializados y sus contingencias codificadas» (página 194). El controlador y el planificador de la cultura deben ser miembros del grupo controlado (pág. 211). Cuando la tecnología de la conducta es «aplicada a la planificación de una cultura, la supervivencia de la cultura actúa como un valor» (pág. 226). Si nuestra cultura «continúa adoptando como su valor fundamental, no su propia supervivencia, sino la libertad y la dignidad, entonces es posible que alguna otra cultura contribuya de manera más eficaz a la construcción del futuro» (pág. 225). La negativa al ejercicio de controles útiles, dice Skinner, puede ser «una mutación cultural mortal». «La vida, la libertad y la búsqueda de felicidad se consideran derechos básicos… (pero)… tienen sólo escasa trascendencia por lo que a la supervivencia de una cultura se refiere» (pág. 224). Uno queda admirado. Entonces, ¿qué importancia tienen para la tecnología conductista que toma la supervivencia de la cultura como un valor? Por estas y por parecidas recomendaciones —a las que nos referiremos más directamente— puede ser que algunos lectores lleguen a creer que Skinner está abogando por una forma de control totalitario.

Sin lugar a dudas, Skinner consigue con estas recomendaciones concretas —por más que sean vagas— diferenciar su posición de la «literatura de la libertad». Skinner afirma que esta última «ha olvidado… aquel tipo de control que no tienen consecuencias aversivas de ninguna clase» (pág. 57), y ha apoyado la oposición a todo tipo de control, mientras que él está proponiendo un empleo mucho más extenso de controles que no tengan consecuencias aversivas. La forma más patente de control de este tipo benigno es la de los

sueldos diferenciales. Evidentemente, es incorrecto decir que la «literatura de la libertad» ha olvidado tales controles. Desde la revolución industrial ha estado muy interesada por el problema de la «esclavitud del sueldo» y las formas «benignas» de control que se apoyan en la privación y compensan más que el castigo directo. Este interés distingue claramente la literatura de la libertad de los conceptos sociales de Skinner.

Consideremos ahora la libertad de palabra. En opinión de Skinner el control de la palabra a través del castigo directo debería ser evitado, pero mantiene al mismo tiempo que la palabra debe ser controlada reservando los buenos trabajos para las personas que dicen lo aprobado por el planificador de la cultura. De acuerdo con las ideas de Skinner, no habría violación alguna de la «libertad académica» si se garantizara únicamente la promoción de aquéllos que se conforman —tanto en su palabra como en sus escritos— a las reglas de la cultura, aunque sería erróneo llegar más lelos y castigar a aquéllos que se desvían diciendo aquello que ellos creen que es verdad. Tales desviados deben permanecer simplemente en estado de privación. De hecho, dando a las personas unas reglas estrictas a seguir, es decir, que sepan qué decir para ser «reforzados» por la promoción, estaríamos «haciendo un mundo más seguro» y cumpliendo los objetivos de la tecnología conductista (pág. 99). La literatura de la libertad rechazaría y aborrecería con razón tales controles.

De hecho, no hay nada en el punto de vista que Skinner que sea incompatible con un estado policial en el que rígidas leyes sean reforzadas por la gente misma que está sujeta a ellas y en el que la amenaza de terribles castigos pende sobre todos. Skinner aduce que la meta de la tecnología conductista es «la organización de un mundo en el cual rara vez se produzca una conducta acreedora de castigo, o incluso no se produzca nunca», un mundo de «bondad automática» (págs. 88-89). El «auténtico problema», explica, «estriba en la efectividad de las técnicas de control» que harán «un mundo más seguro» (págs. 98-99). Hacemos un mundo más seguro para «los niños, los retardados de cualquier tipo o los psicóticos» organizando las cosas para que las conductas punibles raramente se produzcan. Si todo el mundo pudiera ser tratado de este modo «nos ahorraríamos mucho tiempo y energía» (pág. 88).

Skinner da incluso algunas indicaciones, quizás inintencionadamente, de cómo este medio ambiente benigno puede llegar a producirse:

> «Un estado que transforma a todos sus ciudadanos en espías o una religión que fomenta el concepto de un Dios omnividente hacen

> prácticamente imposible eludir a quien castiga, y las contingencias punitivas adquieren entonces su máximo grado de eficacia. La persona se comporta bien aunque no exista una supervisión visible». (Pág. 90).

Por otra parte, aprendemos que la libertad «crece a medida que se desvanece el control visible» (pág. 94). Por tanto, precisamente la situación descrita es una de las más libres, dado que no hay control visible. Además, si «nuestro cometido» es simplemente «hacer de la vida algo menos punitivo» (pág. 107) la situación descrita nos parecerá ideal. Si la gente se comporta bien no habrá castigos. Por este camino podemos llegar a «un ambiente en el que los hombres sean automáticamente buenos» (pág. 97).

Extendiéndonos en este pensamiento, consideremos un campo de concentración con los presos espiándose los unos a los otros, los hornos de gas humeantes en la distancia, y, de vez en cuando, quizás alguna insinuación verbal sobre el significado de tal refuerzo. Aparecería como un mundo casi perfecto. Skinner dice que un estado totalitario es moralmente erróneo porque ha diferido las consecuencias aversivas (pág. 216). Pero en la maravillosa cultura hemos programado precisamente la ausencia de consecuencias aversivas, ya sean inmediatas o diferidas. Las conductas no deseadas serían eliminadas de raíz por la amenaza de los crematorios y de los espías omnividentes. Toda conducta sería así automáticamente buena, como debe ser. No habría castigo. Cada uno sería reforzado —diferencialmente, por supuesto— de acuerdo con su capacidad para obedecer las normas.

El esquema de Skinner no presenta objeción alguna a este orden social. Al contrario, parece aproximarse al ideal. Quizá podríamos mejorarlo aún más si advertimos que «la superación del riesgo se convierte en tanto más reforzante cuanto mayor es el riesgo mismo» (como en el alpinismo) (pág. 143). Podemos acrecentar el esfuerzo total y asegurar la cultura ideando una amenaza todavía más intensa, por ejemplo, introduciendo de vez en cuando alaridos e imágenes de horribles torturas para describir los crematorios a nuestros conciudadanos. La cultura podría sobrevivir quizá unos mil años.

Aunque las recomendaciones de Skinner pudieran ser leídas en este sentido, sería impropio concluir que Skinner está abogando por los campos de concentración y un orden totalitario (aunque de todos modos, no presenta a ello objeción alguna). Una tal conclusión oculta una propiedad fundamental de la ciencia de Skinner, su vacuidad. Aunque Skinner parece creer que la «supervivencia de la cultura» es un valor importante para la tecnología conductista, deja de considerar esta cuestión que a su vez él mismo ha planteado. Cuando la cultura cambia ¿ha sobrevivido o ha muerto?

Supongamos que cambia hasta tal punto que considera como trasnochados los derechos básicos individuales que Skinner personalmente valora. ¿Es esto sobrevivir o morir? ¿Queremos la supervivencia de 1.000 años-reich? ¿Por qué no, si la supervivencia de la cultura funciona como valor para la tecnología conductista?

Supongamos que realmente la gente es «reforzada» por (es decir, prefiere) la reducción de las sanciones y el esfuerzo diferencial. ¿Programamos entonces la cultura hasta llegar a este resultado, o sea disminuyendo controles efectivos y no extendiéndolos, como propone Skinner?

Supongamos que los hombres resultan ser de una naturaleza tal que desean la oportunidad para emprender libremente trabajos productivos. Supongamos que quieren sentirse libres de las interferencias inoportunas de los tecnócratas y comisarios, banqueros y mandarines, soldados locos seleccionados con test psicológicos de voluntad que luchan contra aldeanos que defienden sus casas, científicos conductistas que no saben distinguir una paloma de un poeta, o de cualquiera que quiera apartar de la existencia la libertad y la dignidad o dejarlas en el olvido. ¿Debemos entonces «planificar nuestra cultura» para conseguir estos fines (que, por supuesto, pueden tener una adecuada traducción skinneriana)? No hay respuesta para ninguna de estas cuestiones en la ciencia de Skinner a pesar de su afirmación de que ésta se acomoda (al parecer completamente) a la consideración de los «valores». Por esta razón sus opiniones pueden estar tan de acuerdo con un anarquista como con un nazi, tal como hemos podido observar.

Los libertarios y los humanistas a los que Skinner desprecia acusa al totalitarismo de negar el respeto por la libertad y la dignidad. Pero estas nociones para Skinner son meros residuos de las creencias místicas tradicionales y deben ser reemplazadas por las severas nociones científicas del análisis conductista. Sin embargo, no existe una ciencia conductista que incorpore empíricamente proposiciones fundamentadas, que no sea trivial y que se aplique a las cuestiones humanas o fundamente una tecnología conductista. Por esta razón, el libro de Skinner contiene propuestas o hipótesis esenciales confusamente formuladas. Podemos, al menos, empezar a especular coherentemente acerca de la adquisición de ciertos sistemas de conocimiento y de opinión sobre las bases de la experiencia y de la constitución genética y podemos perfilar la naturaleza general de algunas invenciones que podrían duplicar algunos aspectos de esa consecución. Pero, ¿cómo consigne la persona que ha adquirido sistemas de conocimiento y de

opinión usarlos en su vida diaria? Ante esto, en el nivel de la investigación científica, estamos en la más absoluta oscuridad.

Si hubiera alguna ciencia capaz de tratar tales aspectos, debería referirse precisamente a la libertad y a la dignidad y debería poder sugerir posibilidades de aumentarlas. Quizá, tal como a veces sugiere la literatura clásica de la libertad y de la dignidad, exista una inclinación humana intrínseca hacia la investigación creadora y el trabajo productivo y los seres humanos no sean insensibles mecanismos formados por la historia de los refuerzos y conductas predecibles sin necesidades intrínsecas aparte la necesidad de satisfacción fisiológica. En consecuencia, los seres humanos no son sujetos preparados para la manipulación y buscaremos un modelo social de acuerdo con ello. Pero no podemos, en este momento, acudir a la ciencia para dilucidar estas cuestiones. Afirmar otra cosa sería un puro fraude. Por el momento, un científico honesto deberá admitir sin discusión que no tenemos casi ningún conocimiento, a nivel de investigación científica, respecto a la dignidad y la libertad humanas.

Evidentemente, no existe ninguna duda de que la conducta pueda ser controlada por medio del castigo violento, por ejemplo, o por medio de modelos de recompensa o privación. Todo esto no es una solución, y la única conclusión es una creencia en el «hombre autónomo». Si un tirano tiene el poder de requerir ciertas actuaciones, ya sea por medio de la amenaza de castigo, ya sea tolerando solamente a aquéllos que cumplen lo necesario para escapar a las privaciones (por ejemplo, otorgando solamente a dichos individuos los puestos de trabajo), sus súbditos pueden elegir la obediencia —aunque algunos podrían tener la dignidad de rechazarla. Ellos entenderían la diferencia que hay entre sus impulsos y la ley que rige la caída de los cuerpos.

Por supuesto no son libres. La imposición de sanciones restringe la libertad al igual que las recompensas diferenciales. Un aumento de sueldos, según la frase de Marx, «no significaría más que una mejor *remuneración para los esclavos*, pues no devolvería ni al trabajador ni al trabajo su significado humano ni su verdadero valor». Pero sería absurdo, por el hecho de la limitación de la libertad, concluir simplemente que el «hombre autónomo» es una ilusión, o pasar por alto la distinción entre una persona que elige la sumisión frente a la amenaza de violencia o de privación y la persona que «elige» la obediencia a los principios newtonianos cuando se cae desde lo alto de una torre.

La conclusión continúa siendo absurda incluso cuando predecimos el curso de los actos que la mayoría de «hombres autónomos» podrían elegir

bajo condiciones de extrema dureza y de limitadas oportunidades de supervivencia. El absurdo se hace mayor cuando consideramos el mundo social real en el que las «probabilidades de respuesta» determinables son tan mínimas que no tienen virtualmente ningún valor predictivo. Y sería ya no absurdo sino grotesco argumentar que, en el momento en que las circunstancias pueden combinarse de tal modo que la conducta es completamente predecible, como sucede en una prisión, por ejemplo, o en la sociedad-campo de concentración más arriba «diseñada», entonces es necesario que no haya interferencias de la libertad y la dignidad del «hombre autónomo». Cuando tales conclusiones se aceptan como resultado de un «análisis científico», uno no puede más que sorprenderse de la credulidad humana.

Skinner confunde «ciencia» con terminología. Parece creer que si sustituye las expresiones «mentalísticas» vulgares por una terminología derivada del laboratorio de estudio de la conducta, pero privada de todo contenido, tal terminología contiene en sí misma la disciplina y en consecuencia ha realizado un análisis científico de la conducta. Sería difícil imaginar un fracaso más sorprendente para comprender incluso los rudimentos del pensamiento científico. El público puede sentirse decepcionado ante el prestigio de la ciencia y de la tecnología. Puede incluso llegar a dejarse convencer de que el interés por la libertad y la dignidad debe abandonarse, seguramente para alejar el temor y la inseguridad de las consecuencias derivadas de un serio interés por la libertad y la dignidad. En nuestra sociedad, las tendencias que conducen a la sumisión a un orden autoritario pueden preparar individuos para una doctrina que pueda interpretarse como su justificación.

Los problemas que Skinner discute —mejor diríamos «enreda»— son, en general, bastante reales. A pesar de su opinión curiosamente contraria, sus oponentes libertarios y humanistas no plantean objeción alguna a la «planificación de la cultura», esto es, a la creación de formas sociales que conduzcan más directamente a la satisfacción de las necesidades humanas, aunque difieren de Skinner en su consideración intuitiva de lo que en realidad son estas necesidades. Ellos no se opondrían, o no deberían oponerse, a la investigación científica, o —si ello fuera posible— a sus aplicaciones aunque, sin duda, renegarán del *travestí* que Skinner presenta.



Noam Chomsky (Filadelfia, 1928). Es profesor del prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts desde hace cincuenta años. Como lingüista, es el padre de la gramática generativa transformacional, un sistema de análisis lingüístico que ha revolucionado esta disciplina. Su faceta de activista político salió a la luz a partir de su radical oposición a la guerra de Vietnam y la publicación, en 1969, de «La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos: los nuevos mandarines», al que siguieron desde entonces, varios libros e innumerables artículos de tema político, publicados en todo el mundo. Chomsky se ha convertido en una de las voces más influyentes de la izquierda norteamericana.

Notas

[*] Publicado originalmente en: The *New York Review of Books*, December 30, 1971. <<

[1] Economist, October 31, 1862. Citado por Frederick F. Clairmonte, en la revisión del libro de R. Segal, *The Race War*. London, Jonathan Cape, 1966. Pp. 416. 45s. *Journal of Modern African Studies*, 8(3), 505—. doi: 10.1017/S0022278×00020139. <<

[2] En el original en idioma inglés aparece la palabra “raciology” que el Merriam-Webster define como “estudio de las razas humanas”, mientras que a “ethnology” le da dos sentidos: a) como una rama de la antropología cultural y b) como una ciencia que trata de la división de los seres humanos en razas en cuanto a su origen, distribución, relaciones y características. Nota del original: Marvin Harris, *The Rise of Anthropological Theory* (Crowell: 1968), pp. 100-1. By the 1860s, he writes, “anthropology and racial determinism had become almost synonyms.” [Nota del editor digital]. <<

[*] El original dice: “racist anthropology” <<

[*] Las páginas indicadas entre paréntesis corresponden a la edición castellana del libro de Skinner *Más allá de la libertad y de la dignidad* publicada por Ed. Fontanella, Barcelona, 1972. En relación con las citas de Skinner hemos mantenido, casi totalmente, la traducción de dicha versión que corrió a cargo de Juan José Coy. <<

[3] “Linguistics and philosophy,” in S. Hook (ed.), Language and Philosophy, (New York University, 1969), p. 97. <<

[4] Jacques Monod, Chance and Necessity (Knopf, 1971). <<

[5] As Koestler points out, in remarks Skinner quotes, Skinner's approach represents "question-begging on a heroic scale" (p. 165). It will not do to respond, as Skinner does, by claiming that this is "name-calling" and a sign of emotional instability. Rather it will be necessary to show that this is not the literal and obvious truth (as indeed it is). <<

[6] See his *Verbal Behavior* (Appleton-Century-Crofts, 1957), which incorporates and extends these lectures. <<